

EL HECHIZO DE SEVILLA.

CURIOSA RELACION , EN QUE SE REFIERE como fue robada de Sevilla una muy noble Señora, cuya fama de hermosura se habia extendido por varias provincias: declárase, como por dar gusto á su dama , la hizo cautiva un Capitan de las galeotas de Argel; y el raro ardid que usó para conseguir esta empresa.

PRIMERA PARTE.

Ciérrase el bello volúmen de retóricas historias, que en párrafos deleytosos son inagctables copias. El teatro de los dioses Aganipe y Elicono no inunden con sus raudales poéticas laudatorias con tantos dioses fingidos,

y tantas mentidas diosas. No apológicos cuadernos de ficciones fabulosas, ni de Hipólito y Aminta las novelas enredosas, ni Zayas la madrileña, de quien la fama pregona: y finalmente ninguna de cuantas se nos mencionan



C

para recreo del gusto,
y deleitar la memoria,
no se iguala ni empareja
á una verdadera historia,
prodigiosa y admirable
idea maravillosa,
dignísima que se escriba
con letras de oro costosas,
para admiracion del mundo.
Y para que todos oigan
á lo que obliga el amor,
pues tantos libros y hojas
se han llenado por su causa
de invenciones y tramoyas,
siendo la que voy notando
la mas superior á todas.
Y para que los amantes
aprendan modos y formas,
pues aventurar la vida
á los amantes les toca:
y así todos los que siguen
como vasallos las tropas
de Minerva y de Cupido
en sus militares pompas,
atentamente les pido,
que con atencion me oigan.
En el tiempo que ocupaba
la silla, cetro y corona
el gran Felipe Tercero,
fue vigilante custodia
en defensa de la fe,
guardando de Dios la honra.
Entre los muchos vasallos
de la nobleza española,
que leales le servian,
uno tuvo, que se nota
ser de los mas esforzados,
que por obras meritorias
consiguó que el Rey lo hiciese
para mas triunfo á su honra

General de las galeras,
por merecerlo sus obrass
cuyo valor admirable,
y sus trazas ingeniosas,
dejaron para la fama
eternas egecutorias.
Al mismo tiempo el Rey moro
tambien logró por victoria,
tener un vasallo ilustre,
de quien el valor asombra,
hombre esforzado y dispuesto,
y por hazañas heroicas
mereció ser Capitan
de todas las galeotas,
cuyo acertado gobierno
lo realzó á tanta pompa.
Gozaba pues este Moro
estas dichas sin zozobra,
cuando en la corte de Argél
se crió una dama hermosa,
á quien la naturaleza
la perficionó de forma,
que en los dones que dá el cielo,
en su tiempo no hubo otra,
tanto en bienes de fortuna,
como en su belleza heroica.
Puso aqueste Capitan
la vista en esta señora,
con honestos pensamientos,
para que fuese su esposa,
y aunque mora en propiedad,
tambien en su pecho mora.
Fino amante frecuentaba
las luces de aquesta aurora,
pues en el fuego de amor
era ardiente mariposa.
Y reconociendo ya
las finezas amorosas,
díjole á su fino amante,
que luego al punto le otorga

de ser su esposa la mano,
sin haber quien se interponga:
pero ha de ser con el cargo
de concederle una cosa;
diciéndole: yo he sabido
que hay una muy populosa
ciudad llamada Sevilla
en España; allí me consta,
hay una dama, la cual
por antonomasia nombran
el hechizo de Sevilla,
por ser en extremo hermosa,
como lo canta la fama;
y es cierto estoy deseosa
de verla, por ver si dice
al original la copia,
óres solo ponderacion:
y llevada de curiosa,
solo pido se me traiga,
que si esa dicha se logra,
no me negaré á ser vuestra,
ni á los fueros de dichosa.
Entonces el fino amante,
llevado de vanagloria,
juró, fiado en su aliento,
y en su profeta Mahoma,
el traerla á su presencia
con la brevedad mas pronta,
que la ocasion permitiese.
En el español idioma
era el moro muy ladino,
pues diestramente lo corta,
y el amor que hace valientes,
y peligros no le estorban:
mandó que al punto aprestasen
dos muy fuertes galeotas,
puestas á punto de guerra,
que sobre las crespas olas
eran águilas de pino,
ó de la espuma garzotas,

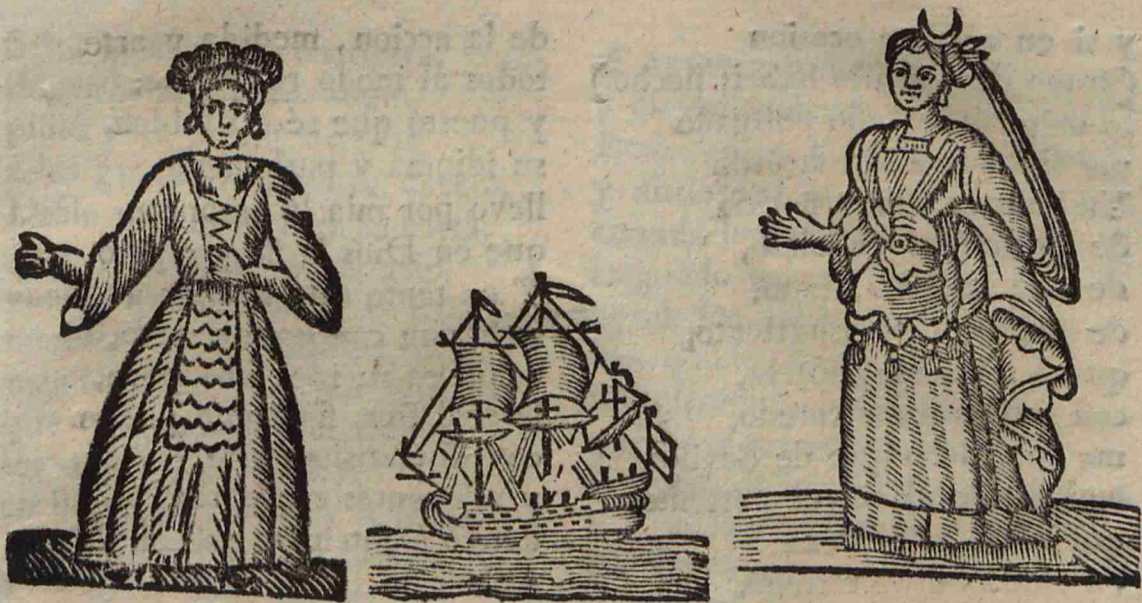
con el pretexto y destino
de su codicia ambiciosa,
pensando como robar
el hechizo á poca costa;
pero tuvo la fortuna
tan favorable y tan pronta,
que á poco de haber salido,
vieron una nave sola
de famosos portugueses,
y poniéndoles la proa,
en breve los apresaron,
por ser sus fuerzas muy pocas.
Con que viendo el Capitan,
que la suerte le soborna,
mandó poner en las naves
flámulas y vanderolas
de Portugal, advirtiendo
vestirse las mismas ropas,
fingiéndose ser portugueses,
porque nadie los conozca.
Llegaron pues á Sevilla,
y en la márgen anchurosa
de Guadalquivir dan fondo,
y el Capitan les convoca,
que allí se estén hasta tanto
que otra cosa se disponga.
Saltó el Capitan en tierra,
y ocultando su ponzoña,
empezó á adquirir noticias;
mas de allí á poco se informa
de la calle, casa y nombre,
porque como era notoria
en la ciudad su belleza,
se informó á muy poca costa.
Era el padre contratante,
fue coyuntura famosa,
para que el moro pudiese
egecutar su tramoya,
fingiéndose ser mercader,
y que traía costosas



mercaderías; y entonces
el Sevillano que ignora
su doblez y falso intento,
lo lleva á su casa propia.
Y apenas el sagaz Moro
entró y vió la prodigiosa
hermosura de la dama,
se le quedó el alma absorta,
pues mas de lo ponderado
era la natural copia.
Dió en hacer magnificencia
con dádivas muy costosas,
que es para introducir gracia
el dar admirable cosa.
En muy breve tiempo hizo
la introduccion de tal forma,
que el benemérito aplauso
era como cosa propia.
Hasta que un dia le dijo
con industria cautelosa,
si quieren ver sus galeras,
tan ricas como vistosas.
Otorgaron la demanda,
y la tal dama con otra
confidente amiga suya,
como sencillas palomas,
en una lancha pasaron,
porque su padre lo otorga,
á las galeras del Moro,
donde llevaban la proa.
Entraron dentro, y apenas
pisaron las tablas toscas,
cuando el infiel cauteloso
con secreto les informa,
que alzarán todo el velámen,
y poniéndolo por obra,
zarparon de allí las naves,
sía haber quien se interponga,
llevándose las dos damas,

las que amargamente lloran
su lamentable desgracia,
tan impensada y tan pronta.
De suerte huyeron, que cuando
llegó á Sevilla la nota,
ya estaban puestos en salvo,
sin temores ni zozobras.
Llegaron á Argel gozosos
con empresa tan heroica,
mayormente el Capitan,
porque se llegó la hora
de conseguir de su dama
la mano tan deseosa.
Celebró el Rey con aplauso
hazaña tan prodigiosa,
no menos su dama y todos
cuantos de la accion se informan.
Honrándole el Rey entonces
con muy crecidas mejoras;
pues en su propio palacio
se celebraron las bodas
con los júbilos mayores
que en aplauso se menciona,
llevando las dos cautivas
para servir á su esposa:
las que en su vida jamás
sirvieran, se ven ahora
á los pies de la fortuna,
rodeadas de congojas.
A este tiempo era Sevilla
teatro de ansias penosas,
con desgracia tan fatal,
tan infame y lastimosa.
Y entre tanto que se ordena
la venganza mas heroica,
pide Alonso de Morales,
que el noble auditorio oiga,
que en otra segunda parte
finizará la historia.

F I N.



EL HECHIZO DE SEVILLA.

SEGUNDA PARTE, EN LA QUE SE REFIERE la cautelosa traza que tuvo el General de las galeras de España para introducirse dentro de Argél, donde habiendo logrado ver á la noble Cautiva de Sevilla, fingió querer presentarla al gran Sultán, y estando en alta mar, se enseñorearon de los moros, trayéndoles á España prisioneros; por cuya hazaña el Rey le hizo Almirante de Castilla, y se casó con dicha Señora.

Luego que las tristes nuevas en melancólico acento velozmente por España con brevedad se esparcieron, llegó la nueva á la corte, y luego que al Rey le dieron parte de lo sucedido hubo grande pena de elló,

prometiéndole la venganza á tan grande atrevimiento. Mandó que su General viniese luego al momento; y puesto ya en su presencia, les dijo el Rey: satisfecho estoy, General amigo, de tu gran valor y esfuerzo,



y si en aquesta ocasion
(como en todas lo habeis hecho)
lo mostrais, quedo obligado
por siempre á satisfaceros.
Ya habreis tenido noticia
de este moro vandolero,
de este atrevido pirata,
de aqueste lobo sangriento,
que con infame cautela,
con sutil traza y enredo,
me han dicho que de Sevilla
ha hurtado el mayor portento
que pintó naturaleza
en todo el orbe terreno,
pues le llaman el hechizo,
por ser de hermosura extremo,
y hoy se ve triste y cautiva.
Y para lo que te quiero
es, para que luego al punto
al rigor de sangre y fuego
se restituya esta prenda,
aprestando para ello
cuantos navíos de guerra
tiene el salobre elemento
sobre sus espumas crespas,
para que sea escarmiento
á estos bárbaros piratas,
y no anden tan resueltos.
Con atencion escuchaba
al Rey tan formado duelo,
y le dice: vuestra Alteza
nó quiera con tanto riesgo
de caudales y de vidas
tomar la venganza de esto:
mejor será que un ardid
á nuestra idea tracemos:
y ha de ser, que han de cortarse
á todos los marineros
á cada cual un vestido
á medida de su cuerpo,

de la accion, medida y arte
todos al modo turquesco;
y puesto que sé muy bien
su idioma y parlamento,
llevo por mia la empresa,
que en Dios la fio y espero.
Y en tanto que las libreas
se hacian con gran secreto,
urdió en su idea una traza,
la cual fue, fingir un pliego
con discretísimo arte,
y relevantes conceptos,
dando á entender que el Sultán
se lo enviaba, pidiendo
al Rey de Argel un socorro,
por hallarse en grande aprieto
contra diversas provincias
rebeladas del imperio.
Que se dignase enviarle
cuantos tiene en cautiverio
cristianos, y juntamente
le dé un millon en dinero,
con que fortalecer pueda
sus guarniciones y puertos.
Esto fue con tanto arte,
que aun los moros mas expertos
no conocieron la frase,
hasta estar el tiro hecho.
Cerrado el pliego fingido,
puesto en él el real sello,
en dos muy fuertes galeras,
hijas del agua y del viento,
embarcó trescientos hombres,
y sin temor ni recelo
en las argelinas playas
les dió á sus naves asiento,
grabando las medias lunas
con todo arte y concierto
en banderas y estandartes,
como es lo usual en ellos.

Saltó el General en tierra,
llegando al palacio regio,
pidió para entrar licencia
á los guardias, y entró dentro.
Dióle al mismo Rey la carta,
el cual la nema rompiendo,
viendo que el Sultan se hallaba
metido en tan grande aprieto,
mandó al punto echar un bando,
que traigan todos los dueños
los cautivos españoles:
en breve fue dicho y hecho,
y hasta doscientos y treinta
á las naves condujeron.
Trabó una estrecha amistad
el General desde luego
con el moro robador;
el cual muy fino y atento
le prometió, por servirlo,
ir en su acompañamiento
con los cautivos. Y en tanto
quiso hacerle por cortejo,
que á comer fuese á su casa
el General; pero luego
que entró, y vió á la sevillana,
se quedó absorto y suspenso,
de ver que lo ponderado
con su hermosura fue un sueño.
Dijo el General al Moro:
de vos un favor espero,
y ha de ser, que esta cautiva
llevarla á presencia quiero
del gran Sultan, porque vea
este admirable portento.
Se lo otorgó luego al punto,
sin sumisiones ni ruegos.
Muy fino andaba el pagano,
pues ignoraba el misterio,
y hubiera quedado libre,
á no estar ya de por medio

el agravio cometido,
y estaba reciente el duelo.
Embarcados les cautivos,
y distintos Caballeros,
cuando los nautas veloces,
largando velas y remos,
ayudados del favonio,
con rápidos movimientos
tan intrépidos volaban;
que cuando reconocieron
la tierra el moro y los suyos,
se hallaban ya prisioneros.
No habrá pluma que aquí escriba
las diligencias que hicieron
los moros por libertarse;
pero todo fue supérfluo,
porque el General valiente
con grande valor y esfuerzo
puso á todos en prisiones,
sin que bastasen los ruegos,
que el tener piedad á veces,
es no haberla de sí mismo.
Ufano con tal empresa
llegó al gaditano puerto,
pasando de allí á la corte,
para que el Rey como dueño
haga lo que mas convenga,
como recto y justiciero,
y como prudente y sabio.
Dióse en su Real Consejo
la disposicion de todo,
dando al General los fueros
de Almirante de Castilla,
que fue honroso privilegio;
y al mismo tiempo los padres
de la dama, dispusieron,
que vengan luego á palacio,
los cuales pronto vinieron,
llenos de júbilo y gozo.
Querer contar por extenso

los cariños, los aplausos,
los placeres, los extremos,
al silencio lo remito,
porque á veces el silencio
dice mas con lengua muda
que las voces del acento.
Estando ya todos juntos,
tuvo el Rey por buen acuerdo,
que el Almirante le diese
la mano de casamiento
á la dama, y que quedase
en tálamo de himeneo
con el lazo maridable.
Se lo otorgó al punto, siendo
el mismo Rey su padrino,
por lo cual está supuesto
el colmo de los aplausos,
que fue admiracion del tiempo,
pues para empeños de un Rey
todo el mundo es corto empeño.
Luego el moro y sus parciales
por toda su vida fueron
á las minas del azogue
por un perpétuo destierro.
Y fue piadoso el castigo,
que á haber de ser por entero
la venganza, fuera poco
darles el fin en el fuego,
para que el infiel pagara
semejante desafuero.

Quedó ufano el Almirante,
mejorando con los premios
en tan superior esfera,
en tan realzado empleo,
el Rey muy agradecido,
todo placer y contento,
gozando en paz y concordia
quietud, descanso y sosiego.
Los recíprocos cariños,
los amorosos requiebros
de estos dos nuevos amantes
los dejamos al silencio,
pues todo el que al cielo aspira,
goza favores del cielo.
En este breve traslado
puede advertir el discreto,
que este mundo es todo engaño,
cuento, tramoya y enredo;
por lo cual pedir conviene
al Autor de tierra y cielo,
para seguir su Ley santa,
nos dé buenos pensamientos,
con auxilios de su gracia,
puesto que es piélago inmenso.
Donde Alonso de Morales
pide al ilustre congreso,
que con católica fe
al supremo Autor roguemos,
que nos libre de enemigos
temporales como eternos.

F I N.



CON LICENCIA.

En Valencia, por la Viuda de Agustin Laborda, vive
en la Bolsería.